

# La celda en la Ciudad

Geney Beltrán Félix

**Geney Beltrán Félix**

Culiacán, Sinaloa, 1976. Egresado de la carrera de Letras Hispánicas de la UNAM. Editor y ensayista. Autor del libro de ensayo *Biografía de su lector: guía para leer y entender a Macedonio Fernández* (FETA-CO-NACULTA, 2003), con el que obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos.

¡Va a llegar bien tarde! Sale del metro corriendo, choca aquí y allá con gente apresurada, zombis morenos y friolentos medio ocultos en bufandas y gorros, ¡han de ser ya pasadas las nueve!, tal vez las nueve veinte... ¿dónde dejó ese jodido reloj? Al salir de la estación se queda un instante sobre la acera —desorientado— mirando la calle. Como hormigas cansadas ruedan hacia el sur los coches de este lado de la avenida, luego en medio se ven los rieles del metro y en la banda de allá los autos huyen con rabia animal hacia el norte. Sí, no... cree dudar un segundo. Lo marea la extrañeza. Se acomoda la corbata, se toca el bigote y luego los lentes. Sus ojos buscan en la esquina —ahí tan sólo a diez pasos— el puesto de revistas. ¡Cuál puesto, no! Ahí se encuentra ahora, ¿qué?, una carreta de hamburguesas. ¡Por qué lo habrán cambiado...?

Avanza hacia la esquina, espera un momento a que pasen tres señoras gordas con bolsas negras que parecen pender de sus manos como gallinas muertas o piernas de puerco, levanta la vista al cielo y lo ve nublado, denso, frío. Una capa de vómito gris sobre la ciudad. Lunes de enero, qué caramba —se dice el contador en voz baja.

Dobla hacia la izquierda y luego de cuadra y media se detiene y entra en un edificio de seis plantas. El vigilante se halla de espaldas; él ni lo saluda siquiera. Sanguijuela, piensa —como que la sola vista de Remigio lo fastidia; sus aires patanescos le recuerdan a un profesor odiado de la Facultad de Contaduría.

Nervioso, se planta luego frente al elevador, pulsa el botón y al salir en el cuarto piso titubea: ¿caso ayer remozaron la entrada? ¿Cómo no se enteró...? Toma hacia la derecha y entra en la empresa luego de empujar la flamante puerta de vidrio. Vaya que aprovecharon el domingo. Sentada frente a la computadora del escritorio descubre a la nueva recepcionista, una muchacha alta, de ojos grandes y apariencia felina. El viernes su jefe le dijo que a partir de hoy una secretaria muy guapa tomaría el lugar de Selene. Así le gustan a Martínez, claro —él se dice—: mujeronos.

Carraspea y meloso pronuncia:

—Buenos días, señorita.

La mujer lo ve apenas; se levanta y sin responderle se da media vuelta. Igual es medio sorda, él calcula. Busca entonces su tarjeta del lado del reloj. Caramba, ¿quién la habrá tomado? Pero... ¡no, es cierto! —recuerda—, hoy es quincena;

quizá el jefe se olvidó de ponerla junto a las demás. Abandona la recepción y se encamina hacia su cubículo.

—¿Qué se le ofrece...?

Vuelve la vista; es la voz sensual, si-  
seante, sinuosa de la nueva. ¡Vaya!, estira las eses: qué sssse le ofresssse... Con arrogancia y sin decir una palabra el contador prosigue su marcha. ¡Si ella no le contestó el saludo hace un rato! ¡Cómo sale ahora con su «¿Qué sssse le ofresssse?»! Pero al entrar al área de contabilidad él se queda perplejo. ¿Quién es ese tipo en su lugar? ¡Y hasta se tomó la libertad de mover su escritorio! ¿Qué está pasando aquí...? No sale de su asombro cuando desde el cubículo le lanza el intruso una pregunta:

—¿Buscaba usted a alguien...?

—¿Qué...? ¿Se puede saber qué está... haciendo usted en mi lugar? ¿Dónde está el señor Martínez?

—¿Martínez? ¿Quién es Martínez?

¡Es el colmo! ¿Cómo que quién es Martínez? Buscando calmarse, sin embargo, él responde:

—Martínez, el jefe, ¡hombre!, el gerente de contabilidad, ¿quién más?

El intruso lo ve y sonríe. Es un tipo alto y robusto, de unos cuarenta años, piel blanca y mucho cabello, de expresión jovial y animosa. Se levanta de su lugar y hace el gesto de acompañarlo a la salida, con benigno aire de león que no quiere utilizar su fuerza:

—Me temo que se ha equivocado de oficina, señor. Aquí no hay ningún Martínez.

Él se queda boquiabierto. Mira al intruso como esperando la carcajada que disuelva la broma y dé pie a las explicaciones. Martínez renunció, usted es ahora el jefe, yo seré su asistente, algo así. ¿Cómo se va a equivocar de oficina? ¡Si aquí mismo ha trabajado quince años!

Cuando se da cuenta, sin embargo, ya está frente al elevador. El intruso le dice:

—Buenos días, mucha suerte — y se da media vuelta. Él, sorprendido, ve cómo el hombre se para ante la nueva secretaria y con dejo coqueto le habla en voz baja mientras ambos lo miran de reojo, ¡apostarí que con sorna, alimañas!

El elevador se abre.

Él baja, sale, camina a mitad de la calle y se planta frente al edificio. ¿Cómo se pudo haber equivocado? ¿Tendría que haber dos edificios exactamente iguales en la Ciudad! Se lleva la mano izquierda al bigote y luego se acomoda los lentes. Caramba, qué friega. Se revisa la corbata y el saco y se pasa la mano derecha por el cabello. ¿Ahora qué hago? Camina en sentido contrario al de la estación del metro. Es que... pues sí: no sabe qué pasa; conoce esta calle desde hace quince años, pero... como que ahora el rumbo le parece cambiado; ahí están los edificios, cierto, pero creería recordarlos un poco menos grandes, menos grises y feos, éste era de fachada guinda, aquél tenía vitrales de... ¿Y la fonda, dónde está...? ¿Qué habrá pasado aquí! Sigue caminando y al llegar a la esquina extiende el brazo y un taxi amarillo se detiene. El contador sube y cuando se da cuenta ya le ha dictado al chofer la dirección de su casa.

Se recarga en el asiento trasero y cierra los ojos. Es que está cansado, piensa; al llegar a su casa hablará con el jefe por teléfono. Ando con diarrea, señor Martínez, me siento bien molido —o si no diarrea será entonces cualquier otro achacuito simple que no exija una visita al doctor—. Tomarse un día, ¡qué tendrá de malo! Vería esos programas de la televisión que sólo ven las amas de casa, le daría la sorpresa a su hijo pasando por él a la escuela, quizá cocine...

Luego de veinte minutos el taxi se detiene.

—Servido, amigo.

Él ve por la ventanilla. ¿Dónde es aquí?

—Hay un error —le dice—. ¿Ésta es Buganvillas?

—Claro —le responde el taxista—. Ahí está el número 123.

Él ve hacia la derecha. En efecto, la casa de dos plantas tiene el número 123 al lado de la puerta. Hay un jardín pequeño, espacio en la cochera para un auto, la fachada es de un color verde boscoso y un letrerito avisa cortésmente SI ME TAPA MI SALIDA YO LE PONCHO LAS LLANTAS.

—No, hay un error.

El chofer lo mira molesto. ¿Pues qué cree que no conoce su trabajo...?

¡Pero es que no...! En Buganvillas 123 hay un edificio de seis pisos. Él, su esposa y su hijo viven en el 202, un departamentito de dos recámaras. ¡De dónde sacaría para comprarse una casa! Su esposa también trabaja en una oficina, es secretaria, ¿cuándo juntaríamos para una casita como ésta?

—Aquí no es... —insiste él ya con voz muy insegura, pero de súbito, ¡recontra! se le ocurre la explicación del embrollo—. ¿No habrá otra calle con el mismo nombre...? Voy a la colonia Flora Nacional. Si me presta su Guía la busco...

—Ésta es la colonia Flora Nacional — responde el conductor, marcando las palabras con un tonillo de encono impaciente. Es un hombre fornido y grande, de voz ronca, bigote y barba espesa y negra. Tiene pinta de guardabosques, cuidado, se dice a sí mismo el contador.

—¿Sí...? ¿De veras es aquí, me lo jura...?

Sin saber muy bien por qué, saca de la cartera un billete y le paga.

—¿Qué es esto? —el taxista lo increpa ya muy enojado.

—¿Qué es qué...? —le dice él.

—Esto —y el chofer muestra el billete.

Él toma el billete de la mano del conductor y lo mira perplejo. ¿Esta cosa de dónde salió? Levanta luego la mirada temiendo encontrar los ojos del taxista, con esa expresión de borrego que espera, quizá merecido, un sordo puñetazo en la cara.



—Ah, caramba. ¿Yo se lo di?

—Mire, no estoy para bromas...

La voz trae amenaza. Él observa de nuevo el billete, ¿será de otro país? Tiene el dibujo de una mujer, alrededor de ella se ven unos como gatos grandes, ¿qué serán?, y los letreros se hallan en un idioma y un alfabeto para él desconocidos. ¿De dónde salió este billete? Abre otra vez su cartera. Está vacía. Mete la mano en los bolsillos del pantalón.

No encuentra nada.

—No sé qué pasa... —murmura.

El conductor suspira largamente, ya como quien busca dominar un justo e inútil coraje. Fija la vista hacia el frente y luego de un segundo dice:

—Mira, cabrón... mejor bájate a la chingada o te llevo a la delegación... ¡bájate, qué la chingada...! ¡¿Es que no me entiendes, pinche rata...!!

El contador desciende del taxi musitando «Disculpe usted, no sé qué pasa, muchas gracias...», y ya frente a la casa revisa de nuevo su cartera. ¡No tiene nada! ¿Quién se la vació? ¡Y ¿cuándo?! Ni siquiera sus credenciales. ¡No trae ni las fotos de Ingrid e Iván! ¿Cómo le hicieron para quitarle todo sin que él se diese cuenta?

Suspira muy cansado, afligido. Se mete la mano derecha al bolso del pantalón. ¿Y las llaves? ¿Dónde dejó las llaves?

Qué día más jodido —farfulla.

Camina sin saber bien a bien dónde se halla o a dónde va. Toma hacia la esquina más próxima: a cosa de doscientos metros se distingue una avenida grande, de doble carril. Voltea a mirar las casas. Hay aquí y allá varias tiendas, pero todas tienen sus letreros y anuncios en ese alfabeto raro y descompuesto. Los trazos son serpentinos, las formas de las letras o números, ¿cómo saber?, parecen provenir de una cultura alienada, de pesadilla. ¿Qué barrio es éste...? La gente entra y sale de los almacenes, él camina

a pasos lentos y es empujado varias veces mientras escucha palabras y gritos en un código gutural que ni de lejos comprende, los mismos rostros de los peatones le parecen deformes, inquietantes, a ratos carnavalescos y sobre todo malignos, irracionales... ¿Cómo cayó aquí?, ¡caramba!

Al llegar a la avenida toma hacia la derecha. Arrastra ya tanta fatiga que ni ganas le dan de volver la mirada a los lados. Oye tan sólo el motor de los autos que pasan a su izquierda; de vez en cuando distingue a su derecha portones eléctricos y jardines solitarios más allá de verjas gruesas y altas. No hay una banca, un parque, no hay peatones tampoco.

Rumbo de ricos, qué curioso —piensa.

Prosigue en el mismo sentido durante no sabe cuánto tiempo hasta que desemboca en otra avenida, ésta ya más grande e imponente. Tiene cuatro carriles, bardas grises y ominosos pasos a desnivel; es una telaraña vial de pavimento sin fin.

Decide cruzar; la entrada del puente peatonal, una estructura cubierta de fierros amarillos, se halla pocos pasos a su derecha. Le llega el ruido rabioso de los autos en veloz furia. Sube al puente.

Nadie puede suicidarse así —se dice entonces—. No hay manera de aventarse desde el puente hacia los carriles, esperando ser arrollado por los autos. Pero... ¿qué hace él con esos buenos pensamientos? Será porque se siente cansado... Camina, y al llegar al otro extremo del puente, sobre la lateral opuesta de la avenida, ofuscado descubre que... vaya, esto no puede ser, ¿a quién se le ocurre dejar así las cosas?

Está cerrado: el puente no tiene salida, falta la escalera que baje hacia la banqueta. Se rasca la cabeza, suspira con fastidio y se da media vuelta... Sí, retroceder y bajar por... por donde subió, ¿qué puede ser, de qué se trata...?

Pero de repente ya nada parece extrañarle. Sólo se siente agotado, desea re-

gresar a su casa, ver a Iván y a Ingrid. Su hijo anduvo con catarro, ojalá ya esté mejor... ¿Eh, qué es esto...? Y es que al regresar al primer extremo del puente ahora sí no puede creerlo: no hay escalera ya. ¿Cómo pudo haber desaparecido...? ¿Dónde está la escalera! ¿Es todo una trampa? Teme que tal vez lo quieran secuestrar, ¡saltar, por lo menos! ¿Cómo le habrán hecho...?

Pero no.

No hay nadie. Es como si en estos pocos minutos el puente se hubiese convertido en una jaula soldada en el aire sobre el paso de los autos. ¿Cómo fue que entró...? Mira hacia el cielo; todo se ve gris, una niebla espesa y sucia. Entonces comprende: no puede salir del puente peatonal, no puede aventarse al paso de los carros, ninguna otra persona pasa por aquí... Es una pesadilla, ¿qué más?

Se recarga y se sienta. Nervioso espera ahora el fin del sueño. Descubrió el juego; ya nada importa. Sólo cabe esperar.

Pero no. ¡No es ningún juego! —va descubriendo—. Se ahoga, tiembla, todo en él es ya zozobra y miedo... ¡No es ningún sueño! Fuera de sí hay sólo autos que corren a toda velocidad. El ruido es infernal. Por fin grita, desesperado, sudoroso, ya gélido por el terror.

Su voz llena de frío pavor se pierde, se anula y enmudece en el bramido en torno suyo mientras pasan los segundos y luego los minutos como lianas pegajosas que busquen anudarse en sus brazos. Los autos, a la manera de hordas de bestias enloquecidas, pululan agresivamente debajo del puente, cada vez más veloces, más desquiciantes, con un rugido de angustia que él siente como un zarpazo en los oídos, en la cabeza, en el cuerpo.

Él no pronuncia palabras. Sólo aúlla, abandonado, como si se hallase indefenso en un abismo o en una selva hosca y asfixiante. No hay nadie más.

Nada más.

Levanta la mirada. Se está poniendo el sol. La noche se adensa y cae como un bulto pesado sobre la Ciudad, la avenida, el puente, su piel; es sofocante. Los autos siguen, y ahora él ve cómo la celda se va haciendo más pequeña, ve sus oscurecidos, amarillos contornos acercarse a su cuerpo. Grita, pero no se escucha a sí mismo: sólo los autos abajo, interminables, una jauría de hienas hambrientas.

